

Confluencia de paraísos



MARTHA CHAPA

Considero un verdadero privilegio de la vida cumplir un aniversario, más aún cuando se suma importantemente a otros, como ocurre ahora en mi 35 aniversario como pintora. Son muchos años de lucha y esfuerzos que se combinan con satisfacciones y reconocimientos e incluso obstáculos o sinsabores. Pero si tratara de resumir, diría que he cumplido 35 años de vivir para pintar y pintar para vivir.

Para celebrar este aniversario, les quiero comunicar de la manera más cálida: “que se preparen”. Voy a necesitar más que nunca a mis amistades. Ya sé que por ahí se están cocinando algunos encuentros. Entre los que me he enterado esta un convivo en Los Girasoles durante el mes de abril, luego mayo se pondrá de manteles largos para recibirme en “El Cardenal”, en ese mismo mes se dice que me entregarán el “Cayuco 2005” como reconocimiento a las aportaciones que he realizado durante más de tres décadas al estado de Tabasco, en una palabra tengo una adición al Edén.

Por supuesto en el extranjero de igual manera se están preparando ya que en Yuma, Arizona, me harán un agasajo, claro que a su manera, pero todos los apachos son bienvenidos. De igual manera estoy feliz porque el Instituto Cultural Israelí-México, se une a este

aniversario y estoy cierta que por ahí irán apareciendo algunas sorpresas y también creo que en mi tierra se cocina un buen guisado. A su debido tiempo se los avisaré. Todo esto se cerrará con broche de oro con una exposición en Bellas Artes que intento titular: Confluencia de Paraísos, en esta muestra retomo la obra más representativa de mi ser y de mi hacer. Por supuesto necesito primero decir que nací en Nuevo León, tierra donde descubrí mi vocación y ésta empezó a gestarse. ¿Por qué comienzo así? Simplemente porque me siento dichosa y comprometida con mi tierra en esta retrospectiva sentimental.

A la vez de mi iniciación artística, con gran amor también debo decir que me he dedicado al misterioso arte de crear y educar a mis hijos. Treinta y cinco años durante los cuales he recorrido el mundo en un periplo inacabable, fascinante, doloroso, difícil a veces, pero siempre tratando de alcanzar nuevas metas y superar los retos que se iban presentando.

Por ello, hoy más que nunca, es válido preguntarme qué ocurrió en esos 35 años que valoro profunda y éticamente. Me atrevo a decir que esos años son largos y cortos al mismo tiempo, aunque en esta fugaz existencia parecen menos que más. Quizá sean suficientes para la etapa vital, aquella donde se crea intensamente. Algunos, como Manuel Acuña, no lograron vivirla y otros, como Kafka, apenas alcanzaron esa edad. No obstante, conformaron su inmortalidad. Por eso quiero reconocer que la existencia ha sido generosa conmigo y me considero afortunada porque he tenido la oportunidad de concretar metas y sueños: pintar, pero además cocinar y escribir.

He tratado de dejar constancia de mi esfuerzo por trascender, como señal de mi pasión por el arte, así como de mi vocación de compañera, madre y amiga; de igual manera mi amor a México y, por supuesto, a mi Monterrey, al cual heredaré cuando me vaya, el legado

de mi obra. Celebro feliz mis 35 años que abarcan éxitos, avances e inmensas satisfacciones a la vez que amarguras, tristezas o complicaciones. Dejo testimonio de la primera vez que expuse en un garaje, donde se fue la luz eléctrica el día de la inauguración.

Reconozco mi herencia familiar, el valor de la amistad y por supuesto también a mis maestras y maestros, y hasta agradezco a mis adversarios y críticos sus observaciones, porque quizá contra su propia voluntad me convocaron a superarme, aun cuando me emociona mayormente la existencia de un público que ha creído en mi trabajo plástico todo este tiempo.

Evocar 35 años de carrera profesional encarna una experiencia extraordinaria, lejos de una autocelebración, festejo para recordar y rendir homenaje a quienes me impulsaron. Por esa razón es necesario el ejercicio de la memoria y recorrer con ustedes algunos pasajes de mi vida. Al recordarlos se apoderan de mí los sentimientos de esas épocas y corro el riesgo de regar con lágrimas estas páginas que escribo.

Recuerdo todo: lo grande, lo pequeño, lo trascendente y lo que no lo fue para llegar a este día. Así enaltezco las bendiciones de mi madre y sus enseñanzas, que conforme pasa el tiempo aprecio más, aunque en primer lugar trato de honrar la memoria de mi padre, el autor de mi carácter, el arquitecto de mi esencia y vehemencia por realizarme; el verdadero autor de las manzanas, que cuando niña solía depositar por las noches en mi cabecera, para que al despertar me encontrara con esa roja señal de su amor, convirtiéndolas, sin saberlo, en mi símbolo, en un icono perdurable. Igualmente mis tías, hermanas de mi padre, una pintora y la otra gastronoma, que me contagiaron de su fervor creativo y sin saberlo mezclaron sus destinos en mí.

Al amparo de estas reflexiones, concluyo que de algún modo los artistas –de una u otra manera todos lo somos en más de un sentido–, adquirimos un compromiso con nuestra sociedad y su desarrollo, obligación

doble cuando se trata de la mujer artista, ya que es la mediadora social en tanto cría a los hijos, afronta la responsabilidad de un hogar, acude todos los días a los centros de trabajo, se prepara en las universidades y colabora activamente en la construcción de un país que necesita mirar hacia el futuro.

Llegó el momento de referirme a mi biografía, que corresponde a la de una mujer instalada en los albores del siglo XXI, consciente de la enorme responsabilidad que ha adquirido. He puesto todo mi empeño en crecer integralmente, en dar lo mejor de mi ser. Contraje el compromiso de desentrañarme, de dar conmigo, de explicarme el mundo a través del arte, y apoyada en esa fuerza compartirla con mis semejantes.

Desfilan por mi mente todos y cada uno de los momentos cruciales de las 300 exposiciones individuales y más de mil colectivas que he realizado. En una atropellada retrospectiva imaginaria, recuerdo a las galerías en las que he presentado mi trabajo y la presencia en tantos países donde mi obra se ha exhibido. Vienen a mi mente, claro, quienes reconocieron mi pintura y escribieron sobre mi obra.

También dejó volar mi emotividad y todo se agolpa bellamente en mi cerebro. Confieso con el corazón en la mano, que me aturde una sensación de éxtasis, y me embota la añoranza, pero mientras tenga fuerzas a nombre propio y de todos mis seres queridos trataré de seguir activa y creativa para cumplir mi meta en la vida, mi reto con el destino.

Pasarán los años, y al volver la vista atrás, con un dejo de alegría y nostalgia, con los ojos húmedos, quizá alcanzaré a recordar estos 35 años, porque pienso, deseo, quiero vivir más, con el anhelo de que algún día se cumpla la bendición, el milagro, de acercarme al medio siglo pintando para vivir y viviendo para pintar. ■